

LAS APERTURAS QUE SE VIENEN.
Por Rafael Doctor Roncero.

Dicen que en poco más de un año, a finales de diciembre de 2012, el mundo se va a acabar. Desde hace años vivimos bajo esa amenaza mesiánica fundamentada en el Calendario Maya, en predicciones de visionarios y últimamente en diferentes teorías astrológicas y astronómicas que auguran una rara alineación en las coordenadas del posicionamiento del sol en la Vía Láctea. Aparte de los medios tradicionales que se han ocupado de explotar esta idea catastrófica, sin olvidar al propio Hollywood que ya presentó su particular interpretación sobre el fin sin tapujos, internet ha sido el caldo de cultivo en el que a diario se multiplican las interpretaciones sobre esta conspiración de los elementos contra nuestro propio mundo. Mientras que lo que se entiende como prensa seria solo hace eco de cuestiones anecdóticas, - ayer mismo el diario El Mundo hablaba de una comunidad de personas que se estaba preparando para el final en una montaña francesa- páginas y páginas con miles de adeptos parecen estar fascinados por esta idea definitiva. Así, según nos acercamos al momento, cada día crece el número de personas atraídas por este abismo próximo, aterrados pero fascinados por la belleza del vértigo de ese final apocalíptico anunciado.

Si se estudia la historia de la humanidad se pueden observar diferentes períodos en los que han existido otras situaciones similares. Sin duda las más estudiadas han sido las diferentes manifestaciones apocalípticas asociadas al cambio de milenio hace ya mil once años. Por aquel entonces, en la vieja Europa, algunos falsos profetas iluminados predijeron el final arrastrando a comunidades enteras a situaciones dramáticas en muchos casos. Ahora estamos ante un nuevo capítulo en el que aún está por escribir el desenlace.

La obra de Santiago Talavera personalmente me habla de muchas cosas asociadas a esa idea de final. No sé si el artista está interesado por esta problemática sin duda mucho más exotérica que científica, no lo sé y ni me he atrevido a preguntárselo. Sin embargo mi lectura de su obra esta en relación a la esencia de todo lo que considero que está provocando esa atracción hacia el fin.

A través de un impecable lenguaje técnico en el que es capaz de combinar los diferentes medios tradicionales de representación y enriquecerlos con los más contemporáneos, Santiago Talavera está construyendo uno de los cuerpos de trabajo pictóricos más ricos y peculiares de los que últimamente se puede encontrar uno en el panorama español contemporáneo. Hay una idea latente en todo el trabajo que aparece presente en todas y cada una de las obras que yo entiendo como diferentes capítulos de una narración absoluta pero abierta. Ya sea un paisaje, un interior o un suceso, todo está contado en un mismo momento, todo está en un mismo mundo absorto y contenido en el que ya, como seres humanos, estamos excluidos. Solo la figura de un minúsculo esquiador aparece en uno de sus dibujos contemplando el horizonte desde la altura, rozando el abismo desde aquel nuevo punto de vista que ha conseguido en la cima, como si la idea romántica de Friedrich fuese la única alternativa para contemplar el mundo.

En los cuadros y dibujos de Santiago Talavera nuestro mundo aparece representado patas arriba. La razón no ha podido sostener tanto como construyó y ahora solo es capaz de mostrar su absoluto fracaso. Ya no queda nadie, solo el rastro tras una catástrofe perfecta es capaz de mostrarnos las estructuras, las intenciones arruinadas, la imposibilidad de lo que pudo haber sido el paraíso que los antiguos planes racionales quisieron poner en pie. No queda nadie y sin embargo todo está repleto por los restos del naufragio que fuimos, restos abandonados que sin embargo parecen dialogar perfectamente con una naturaleza triunfante a la que desesperadamente acudimos, pero tarde. Así, la desolación es solo una apreciación desde el pasado desde el que contemplamos ese futuro. El huracán pasó y fue absolutamente inclemente, sin embargo la hierba crece.

Y es que en toda esta representación metafórica del mundo reside una absoluta ansia de cambio. Si la catástrofe se ha adueñado de nosotros es porque nosotros mismos hemos construido mal nuestra vivienda, hemos apuntalado mal su estructura y no hemos sido capaces de prever el árbol con cuya rama hemos acabado estrellándonos.

Todo esta abarrotado en estas representaciones pero ya no estamos nosotros. El estadio está vacío y no hay más espectáculo que el que ofrece un mundo que ha sucumbido ante su propio detritus. Ahora es nuestra ausencia la que habita el nuevo orden. Sin darnos cuenta construimos una casa que ahora ya pertenece y habita el océano. Soñamos habitar una isla e instalar nuestro sueño de orden pero ya solo quedan escombros, algún perro abandonado y libros que acampan a la intemperie entre arbustos y flores.

Y todo esto, toda esta constante llamada de atención sobre el abismo al que camina el mundo del autor, lo plantea desde la construcción de metáforas visuales que se superponen y son capaces de formar por sí mismas una idea siempre poética de todo cuanto en ellas se narra.

De mi ventana a la tuya
En este almuerzo mágico, en esta ceremonia disimulada
Desde la guarida de los amos ocultos, desde el vomitorio
Desbordado
Del sentimiento de no estar del todo Donde viví y para qué
Mira por la ventana
Un tsunami rosa, un río de casas sin habitante humano
El mundo de aquel lado
Nos quebraron las ramas
Pobres almas en desgracia
El mal que hacen los hombres les sobrevive.

No hay escapatoria. Mesianico o no, el cambio acecha como deseo inherente al ser social que es sabedor de ser habitante de un mundo que más temprano que tarde acabará sucumbiendo o evolucionando hacia un cambio de coordenadas.

Personalmente debo confesar que todo lo que está ocurriendo en la actualidad en este tema me atrae sobremanera. No es que desee un final catastrófico ni que me encuentre obsesionado esperando el desenlace; la fascinación por todo este tema me traduce un verdadero cambio de valores internos en relación al mundo en que vivimos.

No podemos estar ajenos a un sentimiento que parece haberse instalado en lo más profundo y deseamos que las amenazas que penden sobre nosotros se traduzcan en un verdadero paso que posibilite una realidad diferente.

Ahora, donde debido a nuestra sumisión a la economía nos encontramos todo el día leyendo nuestra propia debacle, las cifras nos hablan de una no vuelta atrás, de una no salida para todo aquello que un día proyectamos mal.

Nadie sabe si el mundo sucumbirá definitivamente en poco más de un año. No creo que sea un deseo de la humanidad, sin embargo estamos ansiosos por cambiar el orden y construir un nuevo proyecto que no devenga en la ruina evidente que construimos día a día. El trabajo de Santiago Talavera supone una llamada de atención sobre una sociedad que ya ha dejado de soñar con naves espaciales y futuros ideales, una sociedad que sin embargo añora un cambio de conciencia que sea capaz de darle sentido a la dirección de sus propios pasos.